

PENÍNSULA ODISEAS

Xavier Moret

La memoria del Ararat

Viaje en busca
de las raíces
de Armenia



La memoria del Ararat

Xavier Moret

Viaje en busca de las raíces de Armenia

ediciones península

© Xavier Moret i Ros, 2015
© de las fotografías del pliego, Alfons Rodríguez

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

Primera edición: febrero de 2015

© de esta edición: Grup Editorial 62, S.L.U., 2015
Ediciones Península,
Pedro i Pons, 9-11^a pta.
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

ÀTONA VÍCTOR IGUAL - fotocomposición
LIMPERGRAF - impresión
DEPÓSITO LEGAL: B. 86-2015
ISBN: 978-84-9942-379-1

ÍNDICE

1. El largo camino a Armenia	11
2. Ararat, el símbolo omnipresente	17
3. Ereván, la ciudad de los manuscritos	27
4. El Vaticano armenio	37
5. Brindando por Armenia	45
6. El monasterio de la Lanza	55
7. El Museo del Genocidio	63
8. El Ararat, tan cerca	73
9. En el corazón de las montañas	79
10. Tatev, el monasterio oculto	89
11. El no-país de Nagorno Karabaj	97
12. La leyenda de Monte Melkonian	103
13. El rastro de la batalla de Shushi	109
14. Stepanakert, la capital renovada	115
15. «Nosotros somos las montañas»	121
16. Los desastres de la guerra	127
17. La esperanza de la paz	133
18. La memoria de la Ruta de la Seda	139
19. El increíble lago menguante	145

20. Dilijan, la Suiza armenia	153
21. Monasterios, minas y contaminación	159
22. El rastro del gran terremoto	167
23. Una música melancólica	175
24. Nazik, fotógrafa de los supervivientes	185
25. El dolor del pintor Arshile Gorky	189
26. El universo barroco de Serguei Paradjánov	195
27. El Día del Genocidio	203
28. La historia de los Sirouyan	213
29. La nieve del monte Aragats	223
30. Fotos de familia en blanco y negro	231
31. El dolor persistente del genocidio	239
32. Un superviviente de 103 años	245
33. Últimas horas en Ereván	253
34. Hasta pronto, Armenia	263
<i>Agradecimientos</i>	269

EL LARGO CAMINO A ARMENIA

Mi viaje a Armenia empieza mucho antes de volar a Armenia. Podría decirse que empieza en la adolescencia, leyendo a William Saroyan, armenio de la diáspora nacido en California, o deleitándome con las aventuras del Corto Maltés, donde a menudo aparecen armenios envueltos en un halo de misterio. Continúa en la isla de San Lazzaro degli Armeni, en Venecia, en la Fundación Gulbenkian de Lisboa o en Jerusalén, donde me sumerjo en los callejones del barrio armenio, cargado de historia y de leyendas. O en Estambul y Beirut, donde siento aflorar de nuevo la identidad armenia mientras escucho canciones de Charles Aznavour (Shahnourh Varinag Aznavourian de nombre auténtico), como *Ils sont tombés*, en la que denuncia el genocidio que causó la muerte a millón y medio de armenios en 1915.

Mi Armenia antes de Armenia prosigue en lugares tan lejanos como Singapur, Hong Kong, Argentina o Colombia. Fue en el Long Bar del hotel Raffles, en Singapur, mientras bebía un Singapur Sling de color cereza, donde leí que los fundadores de este mítico hotel fueron, en 1887,

dos hermanos armenios, Martin y Tigran Sarkies. Es en su memoria que una calle cercana se llama Armenian Street. En Hong Kong me sucedió algo parecido con Paul Chater, un armenio nacido en Calcuta que es básico para entender el auge inicial de esta gran ciudad asiática.

En Buenos Aires, sin haberlo planeado, me encontré una noche cenando con unos amigos en el Centro Armenio, en el barrio de Palermo. Fue allí donde me enteré de que viven en Argentina más de cien mil armenios y que sólo en Buenos Aires hay siete colegios armenios. La armenidad está en todas partes, recuerdo que pensé, mientras alguien me informaba de la existencia de varios políticos de origen armenio y de que el tenista David Nalbandian era el personaje más internacional de la comunidad. Añadieron que había un Club Deportivo Armenio que jugaba en el Estadio Armenia y que había llegado a militar en la Primera División argentina, aunque ahora no pasaba por su mejor momento.

En Colombia fue diferente. Viajando por el país, el azar me llevó a una ciudad llamada Armenia, en el departamento del Quindío. Cuando pregunté de dónde venía el nombre, obtuve respuestas contradictorias: un hombre me dijo que, muchos años atrás, había en aquel lugar una hacienda llamada Armenia, fundada evidentemente por un armenio nostálgico; otro, sin embargo, me aseguró que a la ciudad se le puso este nombre en solidaridad con las víctimas del genocidio de 1915. Sea cual sea el origen, me llamó la atención que la Armenia colombiana fue destruida por un terremoto en 1999, sólo once años después del terremoto que en 1988 golpeó la Armenia original. Era, pensé, como si las dos Armenias estuvieran unidas por un vínculo miste-

rioso, como si el dolor surgido en aquel país lejano hubiera tenido eco al otro lado del mundo.

Otro momento armenio de mi vida ocurrió en el año 2000, cuando viajando en tren por Europa conocí a David Muradyan, un escritor que me habló de la Armenia de ayer y de hoy, de cómo burlaban la censura en el período comunista, de los cambios habidos en el país a partir de la independencia, de la vitalidad de la cultura armenia y del horror del genocidio. Unos años después, los poemas de Daniel Varujan y la película *Ararat*, de Atom Egoyan, me sumergieron de nuevo en el territorio espiritual de la armenidad.

Mi viaje a Armenia, como puede verse, viene de lejos. Viene también de mi amistad con Adriana Adanalian. A Adriana, armenia de Buenos Aires llegada a Barcelona en 1989, me la presentó mi amigo Santiago del Rey, con quien acabaría casándose. Ella me habló de su tierra con la mirada centelleante de ilusión, me invitó a degustar la excelente cocina armenia, me mostró sus cuadernos escolares de Buenos Aires (con el hipnotizante alfabeto armenio, de letras redondeadas hasta el exceso) y me regaló el emocionante *Esprit d'Arménie*, un logro musical de Jordi Savall que homenajea la música subyugadora de aquel país. Mi anécdota preferida, de las muchas que cuenta Adriana, es la del viaje que hizo a Armenia, con Santiago, en 1997. «En Barcelona no había manera de que me quedara embarazada», me contó. «Incluso nos habíamos planteado hacer un tratamiento, pero regresé de Armenia con mi hija Clara en las entrañas. No creo que fuera por casualidad.»

«Aunque no lo sufrimos, las nuevas generaciones también estamos marcadas por el genocidio de 1915», me dijo un día Adriana. «A mí me quedó el sentimiento de culpa por ser una superviviente, y saber que hiciera lo que hiciera me sentiría culpable. Es triste ver que tantos países, entre ellos España, siguen sin reconocer el genocidio armenio, es triste ver que el mundo se niega a cerrar esta herida.»

Fue Adriana quien me presentó a María Ohannesian, otra armenio-argentina de Barcelona que colaboró con María Àngels Anglada en la traducción al catalán de los bellos poemas de *La tierra púrpura*, de Daniel Varujan; y fue ella también quien me habló de Armen Sirouyan, un arquitecto argentino radicado en Barcelona que era miembro del Consejo Nacional Armenio de España. Adriana insistía en que tenía que conocerle, pero quiso el azar que me cruzara antes con su hermano Cristian. Fue en un viaje por Bolivia. Él iba enviado por el diario argentino *Clarín* y yo por *El Periódico de Catalunya*. Cuando nos presentaron en Santa Cruz de la Sierra, me llamó la atención su apellido armenio. Poco después aclarábamos que no sólo era hermano de Armen, sino que también conocía a Adriana, a la que había entrevistado aquel mismo verano para un programa de radio de la comunidad armenia de Buenos Aires.

Unos meses después conocí a Armen en Barcelona. Me contó que pertenecía a la tercera generación de la diáspora, pero que se sentía tan armenio como el que más; y me habló de su abuelo, Ashot Artzruní, que escribió en los años sesenta una exhaustiva *Historia del pueblo armenio*, que en 2010 él reeditó en España actualizada por su padre, Rubén. También me habló de su hermana Shushan, que a los 18 años, sintiendo la llamada de las raíces, había volado de Buenos

Aires a Ereván para estudiar Filología Armenia. «Y allí sigue», me dijo. «Se enamoró de Hovig, un armenio del Líbano, y ambos vivieron a fondo los años de la revolución y de la independencia. Después de tantas emociones ya no quisieron volver. Si algún día viajas a Armenia, tienes que conocerlos.»

Cuando le pregunté a Armen si había viajado alguna vez a Armenia, me dijo que en 1992, tan sólo un año después de la independencia, voló por primera vez a Ereván. «Tenía treinta años y estuve recorriendo el país durante veinte días», recordó. «No me gustó lo que vi: demasiada miseria. La verdad es que, como muchos armenios de la diáspora, tenía el país idealizado. Desde allí llamé a mi madre para decirle que aquello era como una gran villa miseria. He regresado varias veces, pero nunca he tenido ganas de quedarme.»

Entre los libros que me prestó Armen había dos del periodista José Antonio Gurriarán, *La bomba* (1982) y *Armenios* (2008). El 29 de diciembre de 1980 Gurriarán tuvo la mala suerte de encontrarse frente a la delegación de Swissair en Madrid, donde terroristas armenios hicieron estallar una bomba para pedir la liberación de unos compañeros detenidos en Francia. Resultó gravemente herido, pero logró sobrevivir. Unos años después, con la salud maltrecha, inició un viaje de reconciliación en el que intentó encontrar respuestas a las muchas preguntas que se planteaba desde el atentado. Aquel largo viaje le llevó primero al Líbano, donde se entrevistó con terroristas armenios, y después a Armenia, precisamente en compañía de Armen.

Durante todos estos años planeé varias veces viajar a Armenia, pero por una u otra razón siempre acababa por cancelar el viaje. Fue en abril de 2013 cuando por fin volé a Ereván en compañía de un amigo fotógrafo, Alfons Rodríguez. A ambos nos interesaba Armenia: conocer el país y a su gente, tomar el pulso a la sociedad, profundizar en el tema del genocidio y tratar de conocer a alguien que nos pudiera hablar del recuerdo obsesivo de aquel horror que se conmemora cada 24 de abril.

Tras la inmersión de unas cuantas semanas en Armenia, tanto en la capital, Ereván, como en el resto del país, puedo asegurar que no volví decepcionado. Al contrario. La hospitalidad de los armenios me cautivó, hasta el punto de que cuando llegué a casa me di cuenta de que ya tenía ganas de volver a este fascinante país milenario en el que, por desgracia, todavía perdura la dolorosa memoria de un genocidio que, cien años atrás, costó la vida a un millón y medio de personas.